

## Antigua evidencia de nuestra especie

En un yacimiento arqueológico en Jebel Irhoud, 100 kilómetros al oeste de Marrakech, Marruecos, se encontraron restos óseos de *Homo sapiens* que resultaron ser los más antiguos conocidos hasta hoy de acuerdo con dos artículos publicados en la revista *Nature*.

Los restos óseos humanos más antiguos con que contábamos eran los de Omo Kibish de unos 195 000 años de antigüedad y la de Herto de 165 000 años, ambos en Etiopía. Dichos yacimientos y la reconstrucción genética del árbol evolutivo de los humanos sugerían que nuestra especie se originó en la región oriental del África subsahariana hace aproximadamente 200 000 años.

El sitio de Jebel Irhoud se ha estudiado desde los años 60 y ahí se han encontrado tanto restos humanos más recientes como herramientas del Mesolítico.

La más reciente campaña de excavaciones dio inicio a principios de 2004, dirigida por el Instituto Max Planck de Leipzig, Alemania, y el Instituto Nacional de Arqueología y Patrimonio de Rabat, Marruecos. Los investigadores encontraron cráneos, dientes y huesos largos de cuando menos cinco individuos con características diferentes a los que se habían descubierto hasta ese momento. Los investigadores utilizaron el método de fechado por termoluminiscencia en rocas y herramientas que se encontraban alrededor de los huesos. Resultó que tenían 300 000 años de antigüedad, 100 000 más que los conocidos.

Los cráneos tienen características faciales, mandibulares y dentales anatómicamente muy similares a los de los seres humanos modernos, pero una cavidad craneal más arcaica, similar a la de homínidos anteriores, lo que indica que la forma del cerebro, y por lo tanto la función cerebral, se fue modificando con el tiempo dentro del linaje *Homo sapiens*.

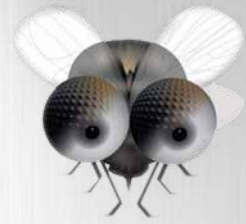
Estos hallazgos cuestionan la antigüedad de nuestra especie e indican que su proceso evolutivo se dio en amplias regiones del continente africano y no en una zona restringida.



Mandíbula encontrada en Jebel Irhoud, Etiopía.

ojodemosca

Por Martín Bonfil Olivera



## El desprecio por el saber

Desde siempre ha existido la desconfianza en la ciencia y la tecnología. No sin razón. En muchos casos la aplicación del conocimiento científico, y sus productos tecnológicos, ha tenido consecuencias negativas, a veces desastrosas. Las armas atómicas, químicas y biológicas, la contaminación ambiental, el daño a la capa superior de ozono, la desaparición acelerada de especies y el cambio climático global son algunos alarmantes ejemplos. Sin embargo, la ciencia ha sido también una de las principales fuerzas que han impulsado el progreso y bienestar humanos.

En los últimos años, la desconfianza en la ciencia ha arremetido hasta convertirse en un movimiento que la ve como algo fundamentalmente dañino. Una especie de conspiración mundial que busca deteriorar el ambiente y perjudicar a los humanos, con el fin de enriquecer o dar poder a unos cuantos.

Esta clase de pensamiento conspiracionista se conoce como *anticiencia*. Desgraciadamente, se extiende por todo el mundo. Y conduce a adoptar posturas que contradicen el conocimiento científico actual.

A veces, el pensamiento anticientífico lleva sólo a creer tonterías, como negar que el ser humano haya llegado a la Luna o que se puede adivinar el futuro. Pero hay otras creencias, como que las vacunas dañan la salud, los remedios milagro curan enfermedades, el cambio climático es sólo un invento para afectar la economía de las naciones desarrolladas, o el negar la existencia de epidemias peligrosas, que pueden causar que las personas o las naciones tomen decisiones que pueden ser muy perjudiciales, tanto a nivel individual como global.

Esta desconfianza en la ciencia, el conocimiento que produce y las aplicaciones que hace posibles es expresión de algo más amplio: una tendencia generacional a rechazar toda forma de autoridad. Tal rechazo deriva, probablemente, de la falta de oportunidades que viven los jóvenes de todo el mundo, pues las sociedades actuales, en general, no han sido capaces de ofrecerles la educación, la seguridad, el trabajo y la estabilidad laboral que merecerían.

Por desgracia, este rechazo va a acompañado de un desprecio de la alta cultura, de los productos más refinados del quehacer intelectual humano... incluyendo la ciencia.

Vivimos, además, tiempos de *posverdad*, en que se valora más la mera opinión que el conocimiento basado en evidencia. Esta tendencia, en que la ideología y las creencias parecieran justificar el repudio del conocimiento fundamentado en datos y el rigor intelectual, genera un ambiente en el que la *anticiencia* y los negacionismos proliferan.

La situación es comprensible, pero grave. Si rechazamos la ciencia, no sólo rechazamos parte de los que nos hace humanos: también ponemos en peligro nuestro futuro.

